







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

*Pedro Pascasio, el pequeño prócer*

© Del texto: 2010, Carlos José Reyes

© De las ilustraciones: 2010, Carlos Manuel Díaz

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-434-7

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición, marzo de 2010

Segunda edición, octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

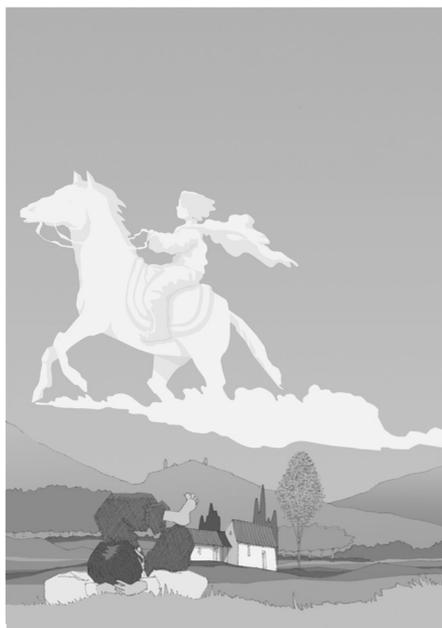
Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Pedro Pascasio, el pequeño prócer

Carlos José Reyes



loqueleg



## El hombre de la ceiba



Debajo de la gran ceiba, en la plaza del pueblo, se sentaba un viejo de barba blanca. Parecía tener cien años y muchas historias a sus espaldas. Los hombres pasaban y lo miraban, pero no hablaban con él. Las mujeres tampoco. Algunos niños lo miraban con curiosidad, pero no se atrevían a acercarse. 7

—¿Y si es el viejo del costal que se roba a los niños?

—No tiene cara de ladrón y ni siquiera tiene costal.

—Pero... ¿Y si fuera?

Por asustar a sus niños desobedientes, los abuelos de uno y un tío de otro les hicieron

creer ese cuento: que si se portaban mal, vendría un viejo con un costal y se los llevaría a una cueva. Los niños se preguntaban entonces qué haría con ellos. ¿Los encerraría en una jaula? ¿Les daría mucha comida, para luego engordarlos y comérselos? Se imaginaban muchas cosas, pero aquel viejo seguía allí tan tranquilo, debajo de la ceiba, sentado en una banca como un buen hombre.

Nadie sabía de dónde había llegado al pueblo ni cómo se llamaba. No tenía ni burro ni caballo, ni siquiera un perro que lo acompañara. Entró al pueblo caminando, miró las casas y las calles como si las conociera, y después de dar una vuelta por la plaza resolvió sentarse bajo las ramas de la ceiba.

Los niños empezaron a competir entre ellos sobre quién sería el primero que se acercaría a hablar con aquel desconocido. Cada uno de ellos desafiaba al otro, pero no se atrevía a hacerlo por su propia cuenta.

Sin entrar en competencia con sus compañeros, Jacinto, un niño de nueve años de edad, no se pudo aguantar las ganas de acercarse al viejo para saber quién era y qué buscaba en aquel pueblo. Claro que no lo hizo en el primer momento. Antes quería estar seguro de que no le iba a hacer nada malo, si es que esto puede saberse a primera vista. Para comenzar, se sentó en otra banca, a varios metros de distancia. El viejo hacía como que no lo había visto y miraba para otro lado. Pero lo había observado con el rabillo del ojo, que es como mirar rápido por un lado, sin que la otra persona se dé cuenta de que la están mirando. 9

Pasaron varios días y poco a poco Jacinto se fue acercando, mientras el viejo dirigía hacia él rápidas miradas que el niño no alcanzaba a percibir. Cuando llegó a un punto cercano, el viejo fue el primero que habló, con un tono divertido:

—Acércate, que yo no muerdo.

Jacinto percibió el tono amistoso y descubrió una sonrisa en los labios del viejo.

—Yo no tengo miedo —respondió.

—Desde luego. A simple vista se ve que eres un muchacho valiente.

10 —¿Cómo puede saber eso? ¿Acaso es un brujo?

—¿Tú que piensas?

—No lo sé... Otros niños le tienen miedo.

—¿Y quién podría tener miedo de un pobre viejo como yo?

—Por ahí dicen cosas...

—No creas todo lo que dice la gente, muchacho. Mejor, trata de observar con cuidado y hacerte tú mismo una idea.

El viejo sonrió al pensar en lo que podrían estar diciendo de él en el pueblo, pero no se preocupó. Sin duda, se sentía contento de hablar con un niño, y no con los viejos, que tie-

nen ideas fijas y a veces están ya tan torcidos como los troncos de ciertos árboles, que no se pueden enderezar. Después de unos instantes de silencio, Jacinto se atrevió a preguntar:

—¿Viene de muy lejos?

—De tan lejos como me lo han permitido mis piernas.

—¿Y qué hace?

—Hablar.

—No digo ahora, sino el resto del tiempo. ¿En qué trabaja?

—Hablar.

—¿Se está burlando de mí?

—No, es en serio. Eso es lo que yo hago: hablar, contar cuentos. Pero para eso, necesito que alguien quiera oírme.

Esa respuesta puso muy contento a Jacinto, porque si algo le gustaba, era oír contar historias. Pero no las que acostumbraba referir la gente del pueblo, pues siempre eran las mismas y él ya se las sabía de memoria.



—¡Yo quiero oírlo! —dijo Jacinto.

—Bueno, pero debes darte cuenta de que ese es un compromiso muy serio.

—¿Por qué?

—Porque mucha gente habla y habla sin escuchar a los demás; saber oír es un verdadero arte.

13

Jacinto sonrió con un gesto de aprobación, pero no dijo una sola palabra más. Se acomodó en la banca e hizo cara de estar listo para poner atención. El viejo comenzó entonces a hablar, moviendo los brazos y las manos como si dibujara las palabras en el aire:

—Debes saber que existen diferentes clases de historias. Unas tienen que ver con personajes y cosas que ocurrieron de verdad en alguna parte. Otras son inventadas, aunque nunca se puede decir que una historia ha sido inventada del todo, pues el que se la haya imaginado la ha armado con sus recuerdos, las

cosas que ha oído, las cosas que ha leído... Todo el mundo tiene una historia para contar, aunque muchos no la cuenten y se la guarden para ellos solos. De allí nacen todos los cuentos: de lo que le pasa a la gente; a ti, a mí, a los demás.

14 Jacinto se entusiasmó ante la posibilidad de hacer parte de alguna historia. ¿También él podría ser el personaje de un relato? Era muy agradable pensarlo.

—¿Yo también puedo ser parte de un cuento?

—¡Claro! Si me cuentas lo que pasa en tu casa, en el colegio...

La expresión de Jacinto cambió, y tomó un aire serio. Ni en su casa ni en el colegio pasaba nada importante, digno de contarse. Por lo menos, él así lo creía. Las cosas se repetían una y otra vez sin mucha gracia. Para convertir algo en un cuento, tendría que exis-

tir una aventura, algo emocionante. Esas eran las historias que a él le gustaba oír.

—A mí nunca me ha pasado nada que valga la pena de ser contado.

—No digas eso. Hasta la cosa más sencilla puede volverse muy interesante si está bien contada.

15

Sonaron las campanas de la iglesia y el viejo hizo un gesto como dando a entender que se estaba haciendo tarde.

—¿Ya se va? Y entonces, ¿no me va a contar ningún cuento?

—No seas impaciente, niño. No se puede hacer todo en un día. Tú ni siquiera me has dicho cómo te llamas.

—Jacinto.

—El jacinto es una bella flor. Y pueden darse de distintos colores; hay jacintos blancos, azules, rosados y amarillos... ¿De qué color eres tú?

—¡Yo no soy una flor!

—Muy bien, Jacinto, no eres una flor. Eres un muchacho al que le gustan los cuentos. ¿Qué clase de historia quieres oír?

16 Jacinto se entusiasmó de nuevo, y se sentó haciendo otra vez el gesto de atención, y puso cara del que está dispuesto a escuchar. El viejo se puso el sombrero que había dejado a un lado en la banca, mientras el muchacho le respondía con rapidez, como para detener al viejo que estaba a punto de irse:

—Me gustaría una historia que hubiera ocurrido de verdad.

—Por ejemplo, ¿la historia de un niño como tú?

—Más bien la de un joven al que le hubiera ocurrido algo importante.

—Muy bien, muy bien. Pero antes piensa en algo que te haya sucedido a ti, para que yo pueda escoger un cuento que te pueda interesar y del que puedas aprender algo útil.



De nuevo Jacinto no pudo contener un gesto de desagrado.

—¿Como si fuera una tarea para el colegio? ¡Me gustaría más una aventura! ¡Algo emocionante!

18 —Hay cosas que se pueden aprender y al mismo tiempo ser emocionantes y divertidas.

—Pero que no sea como en el colegio, donde nos hacen aprender las cosas de memoria para que podamos repetirlas como loros.

—Ya verás que no. Piensa en tu historia, que yo pensaré en la mía, y mañana hablamos.

—¿Ya se va? ¿No va a empezar hoy el cuento?

El viejo sonrió al ver la impaciencia del niño y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Por hoy es suficiente. Si te quedaron ganas de oír, guárdalas para mañana. Ahora tengo que ir a descansar y a comer algo, porque yo también soy de carne y hueso.

Y sin decir ni una palabra más, el viejo se alejó por la calle, sin mirar hacia atrás, hasta perderse en la lejanía.

Algunos compañeros de Jacinto lo habían visto hablando con el desconocido, pero no se acercaron a él hasta que el viejo no desapareció de su vista. Le hicieron toda clase de preguntas, pero el niño no dijo nada al respecto. Quería guardar el secreto para él solo, y además, el hombre aún no le había contado ninguna historia. ¿Qué podría decirles entonces que valiera la pena?

19

—Todavía no sé.

—¡Eres un egoísta! ¡Quieres guardarte las cosas para ti solo!

—No es verdad. Cuando tenga algo interesante para contar, se los diré.

Y sin agregar una palabra más, se marchó a su casa.

